

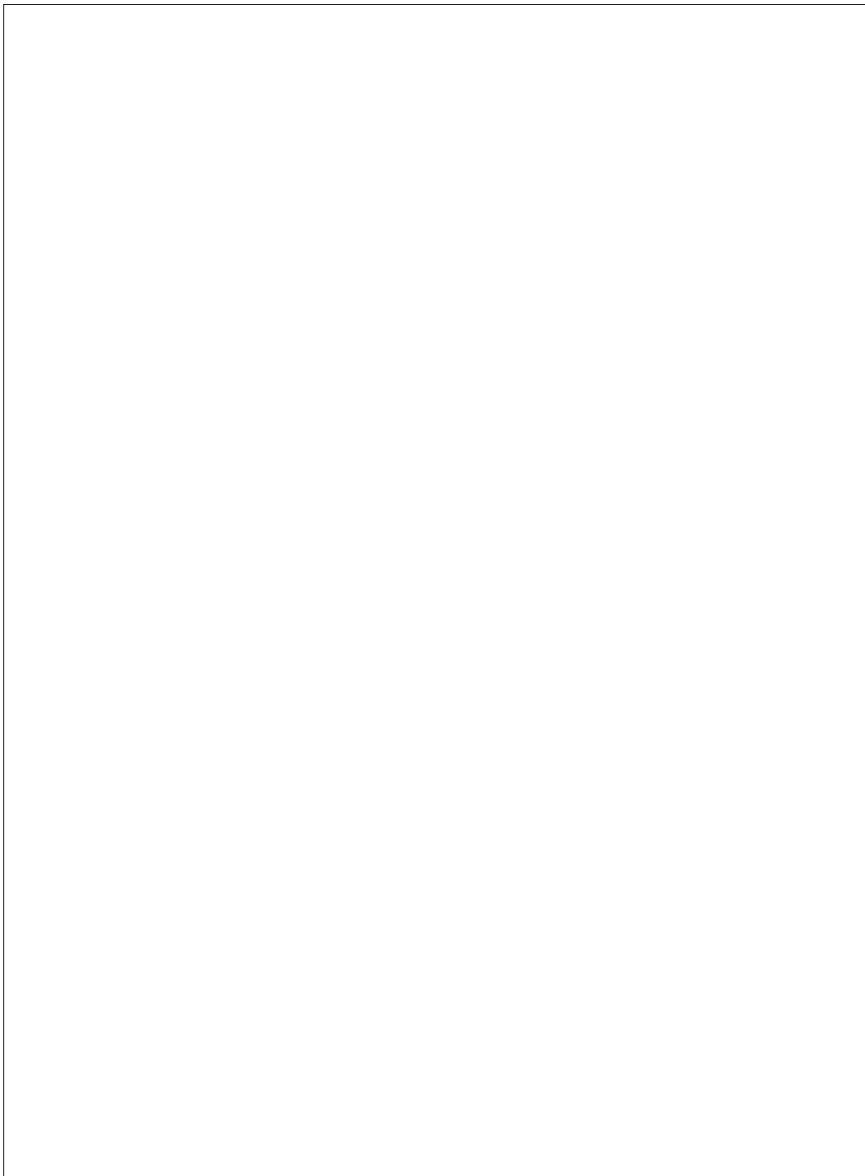


La Navidad es un tiempo propicio para reflexionar sobre lo que significa la presencia de Dios en nuestra vida. Al leer los mensajes de *Dios con nosotros*, considera las muchas formas en que Dios está presente en tu vida: a través de su Palabra, de tus seres queridos, de la comunidad de creyentes, de la Santa Comunión. Su amor por nosotros es personal, así como lo demostró en el pesebre de Belén donde su único Hijo nació para que, a través de él, podamos tener vida con él para siempre.



660 Mason Ridge Center Drive, St. Louis, MO 63141-8557
1-800-972-5442 • www.paraelcamino.com/adviento • www.lhm.org





Para imprimir más copias de este devocional, ir a
www.paraelcamino.com/adviento

Los textos bíblicos han sido tomados de La Santa Biblia-Versión Reina Valera Contemporánea,
Copyright © 2009, 2011 por Sociedades Bíblicas Unidas.

© 2020 Cristo Para Todas Las Naciones

Cristo Para Todas Las Naciones (CPTLN) es un ministerio cristiano que apoya a las
iglesias de todo el mundo a *Llevar a Cristo a las Naciones y las Naciones a la Iglesia.*

Se han cumplido entre nosotros

Excelentísimo Teófilo: Muchos han tratado ya de relatar en forma ordenada la historia de los sucesos que ciertamente se han cumplido entre nosotros, tal y como nos los enseñaron quienes desde el principio fueron testigos presenciales y ministros de la palabra. Después de haber investigado todo con sumo cuidado desde su origen, me ha parecido una buena idea escribírtelas por orden, para que llegues a conocer bien la verdad de lo que se te ha enseñado. (Lucas 1:1-4)

Escribo esto durante la pandemia, y estoy tan erizada como un puercoespín. Tenemos órdenes de quedarnos en casa, por lo que somos tres personas y un perro que compartimos el mismo pequeño espacio. El aire está lleno de quejas (no solo del perro). Estamos de mal humor y nos gruñimos unos a otros, ¡en la casa de un pastor! ¿Dónde está Dios en este lío?

Quizás Lucas estaba pensando en algo así cuando escribió su introducción para Teófilo. Lucas dice que está escribiendo una narración “de los sucesos... que se han cumplido entre nosotros”. Él no dice “lo que nosotros hicimos”, ni tampoco “cómo Dios nos usó”. Lo pone todo usando los verbos en forma pasiva.

¿Quién había cumplido todas estas cosas? Claramente es Dios. ¿Qué hacemos nosotros, entonces? Sospecho que, más que nada, nos interponemos en el camino. ¿Y qué se logra de todos modos, a pesar de nosotros? La venida de Dios a nuestro mundo. El nacimiento de Dios como ser humano en la persona de Jesucristo. El comienzo de los actos salvíficos de Dios, ya que él nos rescata de nuestra situación de quebranto, muerte y contaminación pecaminosa. Este Adviento, veamos lo que Dios está haciendo en medio de nosotros.

Señor, gracias por amarme y salvarme, a pesar de mí. Amén.

Para reflexionar

- ¿Cómo afecta a tu estado de ánimo tu relación con el Señor?
- ¿Por qué crees que Dios eligió salvarnos solo por su cuenta, sin nuestra ayuda?
- ¿Te consuela eso? ¿Por qué sí o por qué no?

¿Quién es tu familia?

*Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán.
(Mateo 1:1)*

En muchos lugares del mundo prácticamente lo primero que la gente te pregunta es: “¿Quién es tu familia? ¿Dónde creciste?”, para poder ubicarte en el marco mental que usan para comprender el mundo.

La gente también le hace esto a Jesús. Quizás es por eso que Dios incluyó la genealogía de Jesús justo al comienzo de Mateo: porque por más aburrido que parezca, responde a la pregunta de dónde vino Jesús.

“¿Quién es tu familia, Jesús?” Reyes y príncipes. Nómadas y ricos. Mujeres y artesanos pobres. Los de clase alta y los de clase baja.

“Dinos otra vez, Jesús ¿quiénes son ellos?” Mentirosos y ladrones (Abrahán, Isaac, Jacob). Asesinos y adúlteros (David). El medio fiel y medio tonto (Ezequías). Extranjeros (Rut y Rajab). Prostitutas (Rajab). Familias quebrantadas (David, Urías, Betsabé). Abusadores de niños (Manasés). Esta es la ascendencia de Jesús. De ahí es de donde él viene.

¿Te parecen conocidos? Esa es también nuestra familia. Ellos y nosotros somos una misma familia: la familia en la que Jesús nació para salvarnos a todos, para nacer y crecer y dar su vida en una cruz, para que podamos llegar a ser la familia de Dios. Porque Jesús murió por nosotros, nuestro mal es quitado. Porque él ha resucitado por nosotros, tenemos una vida nueva y eterna como hijos de Dios.

Señor, gracias por venir a nosotros así como somos. Gracias por hacernos tuyos. Amén.

Para reflexionar

- ¿Quién te sorprende que sea parte del árbol genealógico de Jesús?
- ¿Por qué crees que Dios eligió a personas como esas para estar entre los ancestros de Jesús?
- Jesús es ahora un miembro de tu familia. ¿Cómo hace Dios para hacerte más y más como él?

Descanso y preparación

Después de cumplir con todo lo prescrito en la ley del Señor, volvieron a Nazaret, que era su ciudad en Galilea. El niño crecía y se fortalecía, y se llenaba de sabiduría, y la gracia de Dios reposaba en él. (Lucas 2:39-40)

¡Qué contentos deben haber estado María y José al llegar a casa! Fueron a Belén, tuvieron un hijo, huyeron a Egipto, regresaron a Israel y, finalmente, allí estaban, de vuelta en su casa en Nazaret. Aquí harían su hogar durante los próximos 25 años más o menos. José trabajaría como carpintero; María cocinaría, cosería y limpiaría, ¿y Jesús? Crecería día a día más fuerte y sabio, como todo niño.

Me pregunto si, después de un tiempo, esos primeros años comenzaron a parecer como si todo hubiera sido un sueño. Hasta donde sabemos, Jesús no hizo nada sorprendente durante esos años. Incluso el memorable viaje a Jerusalén, donde se quedó atrás, no fue nada comparado con los ángeles y los reyes enojados.

Pero esos años fueron una bendición, porque fueron los años en que Jesús se fortaleció en la forma en que lo hacemos nosotros. Estudió la Biblia y memorizó la palabra de Dios. Aprendió a vivir con otras personas, viendo cuáles eran sus cargas y preocupaciones, ¡y con qué frecuencia esas cosas salieron a la luz más adelante en sus parábolas! Y a pesar de todo, vivió una vida completa y plena, de acuerdo con ambas partes de su herencia: hijo de la humanidad e Hijo de Dios.

¡Qué gran preparación para su gran obra de salvarnos a través de su sufrimiento, muerte y resurrección!

Señor Jesús, gracias por vivir por mí, y luego morir y resucitar por mí. Amén.

Para reflexionar

- ¿Te aburres fácilmente o te gusta tener momentos tranquilos?
- ¿Cuál fue el año más tranquilo en tu vida? ¿Por qué?
- ¿Qué bendiciones te ha dado Dios durante los tiempos tranquilos en tu vida?

Preguntas y respuestas

Después de que murió Herodes, un ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto, y le dijo: “Levántate, toma al niño y a su madre, y regresa a Israel, porque los que querían matar al niño han muerto ya.” Entonces José se levantó y llevó al niño y a su madre de regreso a Israel. Cuando supo que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo temor de ir allá, pero en sueños fue advertido y se dirigió a la región de Galilea. Allí se estableció en una ciudad llamada Nazaret. (Mateo 2:19-23)

María y José deben haberse preguntado qué vendría después. Claro, sabían cómo supuestamente iba a terminar la historia: con Jesús en el trono de David, gobernando una creación redimida. Pero, ¿cómo llegar hasta ahí desde una vida como refugiados en Egipto? Eso no estaba tan claro.

Dios les mostró el camino, pero probablemente no tan rápido como ellos hubieran querido. Dios hace lo mismo con muchas de nuestras preguntas: “¿Me casaré?” “¿Vamos a tener un bebé?” “¿Terminará esta enfermedad en muerte?” Si bien él sabe las respuestas, casi nunca nos las da hasta que llega el momento correcto.

¿Qué preguntas contesta Dios en todo momento? Las preguntas grandes: “¿Le importo a Dios?” Sí, tanto que él vino a nacer en este mundo para ti. “¿Quién me puede ayudar en este momento?” El Señor será tu ayuda y fortaleza. “¿Soy amado?” Sí, las heridas en las manos y el costado de Jesús siempre lo dejarán en claro.

Señor, ayúdame a confiar en ti cuando no veo con claridad mi camino. Amén.

Para reflexionar

- ¿En algún momento ha girado tu vida inesperadamente en una nueva dirección?
- ¿Qué haces cuando no sabes qué hacer?
- Mirando hacia atrás en tu vida, ¿dónde ves que Dios te ha guiado?

Un giro repentino

Abrahán engendró a Isaac, Isaac a Jacob, y Jacob a Judá y a sus hermanos... con la que fue mujer de Urías el rey David engendró a Salomón... En el tiempo de la deportación a Babilonia, Josías engendró a Jeconías y a sus hermanos... y Jacob engendró a José, marido de María, de la cual nació Jesús, llamado el Cristo. (Mateo 1:2, 6, 11)

¿Alguna vez has tenido un cambio repentino en tu vida? Esperas que las cosas sigan normalmente, pero de repente sucede algo impactante y te encuentras en un camino completamente nuevo.

La ascendencia de Jesús está llena de tales giros. Abrahán era un hombre sin hijos que se convirtió en el padre de una nación. Judá era el cuarto hijo, pero heredó la bendición de su padre después de los crímenes de sus hermanos mayores. Salmón fue un líder que se casó con una prostituta cananea. Su hijo Booz se casó con Rut, una extranjera pobre, y se convirtió en el bisabuelo del rey David. David fue un pastor que reemplazó al desastroso rey Saúl. Si David se hubiera mantenido alejado del asesinato y el adulterio, ¡su hijo Salomón probablemente nunca habría nacido!

Si bien no todos estos giros fueron terribles, sí fueron inesperados, excepto para Dios. Dios sabe exactamente lo que está haciendo cuando le da un giro a nuestra vida o se aprovecha de uno que causamos al hacer algo malo. ¡Ni siquiera nuestro pecado puede detenerlo!

Y, por supuesto, el mayor giro de todos es cuando Dios vino a nuestro mundo en Jesucristo, para sufrir, morir y resucitar por nosotros. Gracias a él, finalmente estamos en el camino correcto, con todos nuestros giros equivocados perdonados.

Señor, ayúdame a confiar en ti cuando mi vida cambie imprevistamente. Amén.

Para reflexionar

- Menciona algún momento cuando tu vida cambió de repente.
- ¿Qué esperabas? ¿Qué sucedió en realidad?
- ¿Cómo te ayudó Dios a lidiar con tu nueva situación?

Quebrantado

En los días de Herodes, rey de Judea, había un sacerdote llamado Zacarías, de la clase de Abías, cuya esposa, Elisabet, era descendiente de Aarón. Ambos eran íntegros delante de Dios y obedecían de manera irreprochable todos los mandamientos y ordenanzas del Señor. Pero no tenían hijos, porque Elisabet era estéril y los dos eran ya muy ancianos. (Lucas 1:5-7)

La historia del nacimiento de Jesús comienza con discordia: “En los días de Herodes, rey de Judea...”. Pero Herodes no era de la familia del rey David; ni siquiera era judío. Entonces, que sea llamado “rey de Judea” significa que las cosas no estaban bien, no estaban de la forma en que se suponía que debían estar.

Sin embargo, había personas fieles que amaban a Dios, como Zacarías y Elisabet. La Biblia usa las palabras “íntegros” e “irreprochables” cuando habla de ellos, ¡gran halago del Espíritu Santo!

Pero aquí también había algo que no estaba bien. Se nos dice que: “No tenían hijos”. ¿Por qué? ¿Quién sabe! No tenía nada que ver con algún pecado, aunque la gente generalmente pensaba que sí. Esto tampoco era como se suponía que debía ser. A nosotros también nos suceden cosas incorrectas y nos afligimos, nos enojamos y clamamos a Dios.

Es por eso que Jesús vino a nuestro mundo: un bebé pequeño, nacido para salvar el mundo. Como Hijo de Dios, Jesús daría su vida para arreglar nuestro mundo roto y resucitaría de entre los muertos para hacernos nuevos otra vez.

Señor, ayúdame con los quebrantos en mi vida. Amén.

Para reflexionar

- ¿Qué sientes que está mal en tu mundo hoy?
- De acuerdo a las historias bíblicas, ¿qué hace Jesús para solucionar lo que está mal?
- ¿Por cuál quebranto en tu vida le pides ayuda a Dios?

Responsabilidad

Después de que los sabios partieron, un ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: “Levántate, toma al niño y a su madre, y huye a Egipto. Quédate allá hasta que yo te diga, porque Herodes buscará al niño para matarlo.” Cuando él despertó, tomó de noche al niño y a su madre, y se fue a Egipto, y se quedó allá hasta la muerte de Herodes. (Mateo 2:13-15)

¡Mira cuánta confianza depositó Dios en José! Dios le confió a él el cuidado de Jesús. Le habló en un sueño para advertirle sobre los planes de Herodes, y José escuchó: sacó a Jesús y a María del país, los llevó a Egipto y allí los cuidó hasta que fue seguro volver a casa.

¿Qué gran responsabilidad! Me pregunto si José alguna vez perdió el sueño por pensar en estas cosas. Después de todo, era un hombre común actuando como padre y protector del Hijo de Dios. ¿Cómo lograría hacer bien el trabajo?

Tal vez pienses lo mismo sobre alguna responsabilidad con la que Dios te ha cargado en este momento. “¿Cómo se supone que voy a hacer esto?”, te preguntas. “¿Por qué me eligió Dios para manejar esta situación? ¡Soy una persona común y corriente!”

Y, por supuesto, tienes razón. Pero Dios también tiene razón, porque él pone su Espíritu Santo en ti para fortalecerte y guiarte. Él conoce tus debilidades, ellas son el motivo por las cuales Jesús vino a ser tu Salvador. Él sabe que no puedes hacer nada por tu cuenta. Pero también sabe que, con Dios obrando en ti, pueden suceder cosas asombrosas. Confía en él.

Padre, ayúdame en la obra que me has dado para hacer. Amén.

Para reflexionar

- ¿Qué piensas que hizo José cuando estaba preocupado o en problemas?
- ¿Alguna vez has sentido que no tenías la suficiente fuerza para lidiar con una situación?
- ¿Cómo te ayudó Dios en esos momentos?

Viendo a nuestro Rey

Después de escuchar al rey, los sabios se fueron. La estrella que habían visto en el oriente iba delante de ellos, hasta que se detuvo sobre el lugar donde estaba el niño. Al ver la estrella, se regocijaron mucho. Cuando entraron en la casa, vieron al niño con su madre María y, postrándose ante él, lo adoraron. Mateo 2:9-11)

Imagina la escena: María y Jesús en su casa un día cualquiera. María probablemente estaba cocinando o limpiando. Lo más probable es que Jesús estuviera jugando en el piso, tal vez con un juguete que José le había hecho. Era una escena sencilla y hogareña. No sabían que vendrían los sabios.

Me pregunto si los sabios estaban mejor preparados que María y José para lo que iban a ver. De cualquier manera, hicieron lo correcto: se postraron y lo adoraron. Vieron al verdadero Rey, al verdadero Hijo de Dios, jugando en su ropa de niño, y estaban felices y celebraron.

Nosotros también vemos a nuestro verdadero Rey, nuestro verdadero Salvador, en el humilde bebé del pesebre; en el hombre con túnicas polvorientas que caminaba por los caminos de Galilea y Judea; en el hombre colgado en la cruz, nuestra cruz, para traernos vida y perdón; y en el Jesús resucitado, quien dejó la tumba para estar con nosotros para siempre.

Este es nuestro Rey, y este es nuestro Dios. ¡Aleluya!

Querido Padre, gracias por hacernos conocer a tu Hijo. Amén.

Para reflexionar

- ¿Te encontraste con alguien famoso alguna vez? ¿Te sorprendiste por lo que dijo o hizo, o por su apariencia?
- ¿Cómo piensas que se sintieron María y José con esta visita?
- ¿Cómo te imaginas el efecto que tuvo esta visita en la vida de los sabios cuando regresaron a su tierra?

Reordenado

Un día en que Zacarías oficiaba como sacerdote delante de Dios... un ángel del Señor se le apareció a Zacarías. Estaba parado a la derecha del altar del incienso. Cuando Zacarías lo vio, se desconcertó y le sobrevino un gran temor. (Lucas 1:8, 11-12)

¿Qué sucede cuando tus oraciones son finalmente respondidas?

La vida de Zacarías era predecible. Hacía siempre las mismas tareas, comía la misma comida, besaba a la misma mujer, probablemente vivía en la misma casa tranquila. También oraba una y otra vez las mismas oraciones desesperadas y suplicantes por tener un hijo, algo que los muchos años habían dejado en claro que Dios nunca iba a responder.

Hasta que lo hizo. Un ángel irrumpe en la vida de Zacarías, y nada volverá a ser lo mismo. Su vida está a punto de ser totalmente reordenada.

Eso también nos puede pasar a nosotros, ¿no? No importa cuán maravillosa sea la bendición que Dios nos da, puede tomar un tiempo acostumbrarnos. Podemos tropezar y caer. Incluso podemos quejarnos y luego sentirnos culpables por ello.

Pero Dios no se sorprende. Si tienes dificultades, ¡pídele ayuda! Ciertamente te la dará. Él te ama mucho y no te culpará porque necesites ayuda. Después de todo, tú eres la razón por la cual Jesús vino a este mundo a vivir, morir y resucitar: para convertirte en hijo de Dios.

Señor, ayúdame cuando mi vida cambie. Amén.

Para reflexionar

- ¿Te gustan los cambios? ¿Por qué sí o por qué no?
- ¿Cuándo te sucedió algo bueno que trajo estrés a tu vida?
- ¿Hay algo nuevo en tu vida en este momento para lo cual necesitas la ayuda de Dios?

Conociendo el futuro

Pero el ángel le dijo: “Zacarías, no tengas miedo, porque tu oración ha sido escuchada. Tu esposa Elisabet te dará un hijo, y tú le pondrás por nombre Juan. Tendrás gozo y alegría, y muchos se regocijarán de su nacimiento, pues ante Dios será un hombre muy importante. No beberá vino ni licor, y tendrá la plenitud del Espíritu Santo desde antes de nacer. Él hará que muchos de los hijos de Israel se vuelvan al Señor su Dios, y lo precederá con el espíritu y el poder de Elías, para hacer que los padres se reconcilien con sus hijos, y para llevar a los desobedientes a obtener la sabiduría de los justos. Así preparará bien al pueblo para recibir al Señor.” (Lucas 1:13-17)

¡Escucha la forma en que el ángel describe el futuro de Juan! Se enfoca en las cosas buenas y maravillosas. Es mucho mejor que decir: “Tu hijo vivirá en el desierto comiendo insectos y será asesinado por un rey malvado.” Aunque ambos futuros son igualmente verdaderos, ¿no? Todas esas cosas le sucedieron a Juan. Y, sin embargo, Dios se enfoca en la bendición.

¿Por qué? En parte por misericordia, quizás para evitar angustiar a los padres de Juan. Pero también hay otra razón. Dios está mirando lo que el sufrimiento de Juan va a lograr. El sufrimiento pasa; la bendición permanece para siempre.

Y esto no es una sorpresa, porque Juan vino a servir a nuestro Salvador Jesús quien “por el gozo que le esperaba sufrió la cruz y menospreció el oprobio, y se sentó a la derecha del trono de Dios” (Hebreos 12:2). Su sufrimiento se convirtió en nuestra bendición.

Señor, gracias por lo que tu sufrimiento nos ha comprado. Amén.

Para reflexionar

- ¿Te gustaría saber el futuro de tus hijos?
- ¿Hay cosas en tu vida que tus padres hubieran preferido no saber?
- ¿Recuerdas cosas buenas que Dios produjo a partir de tu sufrimiento?

Conspiración

Cuando el rey Herodes oyó esto, se turbó, y toda Jerusalén con él. Convocó entonces a todos los principales sacerdotes y a los escribas del pueblo, y les preguntó dónde había de nacer el Cristo. Ellos le dijeron: «En Belén de Judea... Luego, Herodes llamó en secreto a los sabios para saber de ellos el tiempo preciso en que había aparecido la estrella. Los envió a Belén, y les dijo: “Vayan y averigüen con sumo cuidado acerca del niño, y cuando lo encuentren, avisenme, para que yo también vaya a adorarlo.” (Mateo 2:3-5, 7-8)

Tramas malvadas. Se avecina la muerte. Peligro sobre el niño Jesús. Con todo el poder que se había complotado contra él, ¿cómo podría escapar?

Con seguridad Dios le proporcionaría un ejército de ángeles quienes, aprovechando su invisibilidad, podrían matar a cualquiera que se acercara a una milla de distancia para dañarlo. ¿Verdad?

Pero Dios no hizo nada de eso. Al contrario, permitió que se desarrollaran los planes de los hombres malvados sin poner ninguna barrera obvia en su camino. ¿Estaba Dios durmiendo? ¿O no le importaba?

Podemos sentir la tentación de preguntar eso cuando vemos a personas malvadas que prosperan en nuestro mundo hoy, pareciendo salirse con la suya. ¿Acaso Dios no hará nada?

El nacimiento de Jesús es la respuesta de Dios. Sí, Dios sí ve. A Dios le importó tanto como para venir a este mundo como ser humano para sufrir bajo los mismos males que sufrimos nosotros, para colgar en una cruz con nuestro dolor y para resucitar de entre los muertos como vencedor de todo. Jesús prueba que al final el mal no gana. Dios es quien gana y, por eso, ganamos nosotros: porque Dios nos ha hecho su pueblo.

Señor, ayúdame cuando tengo miedo del mal, y ayúdame a confiar en ti. Amén.

Para reflexionar

- ¿Qué mal en particular te preocupa en este momento?
- ¿Qué haces cuando tienes miedo al futuro?
- ¿Cómo te ha liberado Dios del mal en el pasado?

Ellos no sabían

Jesús nació en Belén de Judea en los tiempos del rey Herodes. En aquel tiempo, unos sabios que venían desde el oriente llegaron a Jerusalén y preguntaron: “¿Dónde está el rey de los judíos, que ha nacido? Porque hemos visto su estrella en el oriente, y venimos a adorarlo.” (Mateo 2:1-2)

Esta es una de las partes más tristes de la historia de Navidad. Los sabios vieron la estrella, se dieron cuenta de que había nacido un rey en Judea, reunieron sus regalos y se pusieron en marcha para honrar al bebé. Naturalmente, se dirigieron a Jerusalén, la ciudad capital, donde el rey Herodes vivía con su familia. No sabían que el nuevo rey no era pariente del rey viejo.

Con la mejor de las intenciones, los sabios desencadenaron una masacre. Herodes mató a todos los bebés que pudo encontrar en Belén y sus alrededores. Me pregunto si más tarde los sabios tuvieron problemas para dormir. ¡Seguramente, la noticia debió haberles llegado!

Este es un caso extremo, pero que también nos sucede a nosotros: tomamos decisiones inocentes que terminan en resultados terribles. Y luego no podemos dormir y nos preguntamos: “¿Y si me hubiera ido para otro lado? ¿Y si hubiera hecho esto en lugar de eso?”

A todos los que sufrimos de esta manera Jesús nos dice: “Vengan a mí todos ustedes, los agotados de tanto trabajar, que yo los haré descansar” (Mateo 11:28). Él toma esa carga de nosotros: “Será el hombre más sufrido, el más experimentado en el sufrimiento... Con todo, él llevará sobre sí nuestros males, y sufrirá nuestros dolores” (véase Isaías 53:3-4). Jesús vino a ser nuestro Salvador no solo por nuestros pecados y culpa, sino por todas las penas que sufrimos y que podrían destruirnos. Jesús también llevó esas cosas a la cruz, y te ofrece algo mejor a cambio: curación, consuelo, libertad, y vida eterna.

Tú conoces mis pesares, Señor, ayúdame. Amén.

Para reflexionar

- ¿Piensas que los sabios se enteraron de las consecuencias de su búsqueda en Jerusalén?
- ¿Cuándo hiciste algo que tuvo consecuencias inesperadas, buenas o malas?
- ¿Estás lidiando con alguna culpa?

Amor paciente

Zacarías le preguntó al ángel: “¿Y cómo voy a saber que esto será así? ¡Yo estoy ya muy viejo, y mi esposa es de edad avanzada!” El ángel le respondió: “Yo soy Gabriel, y estoy en presencia de Dios. He sido enviado a hablar contigo para comunicarte estas buenas noticias. Pero como no has creído mis palabras, las cuales se cumplirán a su debido tiempo, ahora vas a quedarte mudo, y no podrás hablar hasta el día en que esto suceda.” (Lucas 1:18-20)

“¿Y cómo voy a saber que esto será así?” Probablemente esa no era la respuesta que esperaba el ángel. Tal vez: “Gracias”, o “¡Aleluya!” ¿Qué recibió en cambio? Una bofetada en la cara; su credibilidad cuestionada. ¡Cuánta incredulidad!

¡Pero, aun así, mira con cuánta paciencia responde! Le habla a Zacarías en el lenguaje simple y llano que uno usaría con un niño pequeño. ‘Aquí están mis credenciales. Y ahora puedes ir y sentarte en el banco de castigo por mal comportamiento. ¡Así y todo, esto se hará realidad!’

Dios no quitó su buena promesa de Zacarías. Le dio nueve meses de silencio para pensar en el error de sus actitudes, pero también recibió la bendición: un bebé que crecía de manera invisible al principio dentro de su esposa, luego un bulto, luego rodillas y codos moviéndose, pateando, retorciéndose. Y luego un recién nacido, Juan, el prometido de Dios para preparar el camino para Jesús.

Dios también nos disciplina a nosotros. Pero nunca deja de amarnos y nunca nos quita sus buenas promesas. Nosotros también tenemos la bendición: un Salvador recién nacido, Jesús, que vino a darnos paz con Dios para siempre.

Señor, gracias por tu amor paciente por mí. Amén.

Para reflexionar

- Cuando eras niño, ¿de qué maneras sacabas de quicio a tus padres y maestros?
- ¿Quién tenía más paciencia contigo? ¿Cómo lo sabes?
- ¿Cuándo has visto que Dios ha sido paciente y amoroso contigo?

El llamado de Dios

Mientras tanto, el pueblo esperaba a que saliera Zacarías, extrañados de que se tardara tanto en el santuario. Pero cuando salió y no les podía hablar, comprendieron que habría tenido una visión en el santuario, pues les hablaba por señas y seguía mudo. Cuando terminaron los días de su ministerio, Zacarías se fue a su casa. (Lucas 1:21-23)

¿Qué harías si se te apareciera un ángel y te hiciera una promesa gloriosa? Dudo que la mayoría de nosotros hiciera lo que hizo Zacarías: Lucas nos dice que siguió trabajando y luego, “cuando terminaron los días de su ministerio... se fue a su casa.”

Para nosotros es así también, ¿no? Tal vez ganaste el Premio Nobel, pero aun así tienes que sacar la basura todas las semanas. Te casas, comienzas el trabajo de tus sueños o tienes una experiencia espiritual maravillosa, pero los platos sucios te están esperando, necesitas poner gasolina en el auto y tu hijo necesita que le ayuden con la tarea.

Zacarías siguió con el trabajo porque era su trabajo, era el llamado que Dios le había dado. La promesa que Dios añadió a su vida no reemplazó su trabajo.

De la misma manera, la promesa de Dios para ti es Jesús, nuestro Salvador. Mientras llevas a cabo tus responsabilidades, sean cuales sean, Jesús vive en ti y su amor perdonador brilla a través de ti. Y las personas a su alrededor verán esa luz y, a través del Espíritu Santo, se sentirán atraídos a Jesús.

Querido Padre, usa mi vida para que otras personas confíen en tu Hijo Jesús. Amén.

Para reflexionar

- ¿Qué trabajos o roles tienes en tu vida?
- ¿Cómo impactan esos trabajos y roles a otras personas?
- Cuenta acerca de algún momento cuando Dios usó el trabajo de otra persona para mostrarte su amor y misericordia.

Viendo y contando

También estaba allí Ana... Nunca se apartaba del templo, sino que de día y de noche rendía culto a Dios con ayunos y oraciones. En ese mismo instante Ana se presentó, y dio gracias a Dios y habló del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén. (Lucas 2:36-38)

Ese día solo había dos personas en el templo que se dieron cuenta de quién era Jesús: Simeón y ahora Ana, una profetisa. Ambos estaban cerca de Dios y llenos del Espíritu Santo. Podían ver lo que muchas otras personas no vieron: que el bebé de un mes, con sus padres esperando para ofrecer un sacrificio, era el Mesías, el Salvador prometido hacía mucho tiempo.

Lo vieron, lo celebraron y se lo contaron a otras personas que esperaban las mismas buenas noticias. “¡Nuestro Salvador está aquí!”, deben haber dicho. “Dios ha cumplido su promesa. El que nos rescatará del mal ha venido como un pequeño bebé.”

Tú eres como Simeón y Ana: ves y reconoces a Jesús cuando otras personas pasan sin darse cuenta. Lo ves obrando en tu vida, en la iglesia, en el mundo. Ya sabes lo que ha hecho por nosotros: cómo sufrió y murió por nosotros, cómo fue enterrado, cómo resucitó de entre los muertos. Sabes que él comparte esa vida eterna contigo y con todos los que creen. Sabes que él ha prometido regresar.

Ahora, da un paso más. ¡Dile a otras personas que lo necesitan que él ha venido! Pídele al Espíritu Santo que te muestre cómo hacerlo. Puede ser tan simple como contarle la historia de Navidad a un niño u ofrecerte a orar por un amigo necesitado. El Espíritu Santo vive en ti y puede hablar a través de ti.

Señor, úsame para que otros también vean a Jesús y confíen en él. Amén.

Para reflexionar

- ¿Quién fue el primero que te contó de Jesús?
- ¿Quién necesita que le cuentes acerca de Jesús?
- ¿Qué primer paso darías para hablarle a alguien de Jesús?

Esperando

En Jerusalén vivía un hombre justo y piadoso, llamado Simeón... y le había revelado que no moriría antes de que viera al Ungido del Señor... Y cuando los padres del niño Jesús lo llevaron al templo para cumplir con lo establecido por la ley, él tomó al niño en sus brazos y bendijo a Dios con estas palabras: “Señor, ahora despides a este siervo tuyo, y lo despides en paz, de acuerdo a tu palabra. Mis ojos han visto ya tu salvación.” (Lucas 2:25-30)

Imagina cómo debe haber sido para Simeón, parado en los patios del templo y mirando a las multitudes. Dios el Espíritu Santo lo había enviado allí esa mañana para ver al Mesías. ¿Pero dónde? Debe haber mirado con detenimiento a cada familia que pasaba por allí. Y luego los encontró, pobres, desgastados por el viaje, como nadie especial.

Simeón no tenía dudas. ¡Cuán alegremente tomó a Jesús en sus brazos y cantó sus alabanzas a Dios! Sabía que este era su Salvador que redimiría a Israel y a todo el mundo. Ahora Simeón podría morir feliz. Dios había cumplido su promesa; toda la espera había valido la pena.

Tú también puedes estar esperando que Dios haga algo. Tal vez hay un problema familiar por el que has estado orando durante mucho, mucho tiempo. Tal vez estás esperando un cónyuge, un hijo, un trabajo. Tal vez estás esperando el fin de una enfermedad, la curación, ya sea aquí o en el tiempo de Dios en el cielo. Esperar es difícil.

Pero en tu espera tienes el mismo regalo que Simeón: tienes a Jesús mismo. Tienes a tu Salvador que te ama incluso en este momento difícil, que dio su vida por ti, que resucitó de entre los muertos y te ofrece una parte de su vida resucitada, incluso ahora. Deja que él sea tu fortaleza durante tu espera.

Ayúdame a esperar en ti, Señor. Amén.

Para reflexionar

- ¿Te gusta esperar?
- ¿Qué estás esperando en este momento?
- ¿Cómo encuentras fuerzas en Jesús para seguir adelante cuando estás cansado o preocupado?

Agraciada

Seis meses después, Dios envió al ángel Gabriel a la ciudad galilea de Nazaret para ver a María, una virgen que estaba comprometida con José, un hombre que era descendiente de David. El ángel entró en donde ella estaba y le dijo: “¡Salve, muy favorecida! El Señor está contigo.” Cuando ella escuchó estas palabras, se sorprendió y se preguntaba qué clase de saludo era ése. (Lucas 1:26-29).

Me encanta la forma en que el ángel saluda a María. Nuestra traducción castellana del Nuevo Testamento dice: “¡Salve, muy favorecida, el Señor está contigo!” Pero María es una niña común y corriente, y este saludo la confunde. Está atemorizada.

El término griego para “favorecida” proviene de la raíz de la palabra “gracia” o “favor”. La traducción de la RVC no está mal, pero me parece que “has sido agraciada” es más fácil de entender a un nivel profundo del corazón. María ha sido agraciada, ¿y quién está dando la gracia? El Señor, quien está “contigo”.

El ángel Gabriel dice la verdad: el Señor está con María, primero como creyente y ahora, muy pronto, como un pequeño niño dentro de su cuerpo. Él no existirá separado de ella. Jesús tomará su propia carne y sangre de la suya, y ella será la fuente de su humanidad. Todo esto es gracia, un regalo de Dios.

Nosotros también hemos sido agraciados, tal como lo fue María. El Señor tomó carne humana porque se niega a separarse de nosotros, seres humanos quebrantados y pecaminosos. Sufrió, murió y resucitó para que pudiéramos convertirnos en sus “agraciados”, el pueblo con el que Dios está para siempre.

Señor, permanece conmigo para siempre y mantenme a tu lado. Amén.

Para reflexionar

- ¿Has sido separado alguna vez de alguien a quien amas?
- ¿Qué precio pagó Jesús para traerte de regreso a él? ¿Por qué lo hizo?
- ¿Qué significa para ti que el Señor esté contigo?

¿Y esto cómo va a suceder?

El ángel le dijo: “María, no temas. Dios te ha concedido su gracia. Vas a quedar encinta, y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre JESÚS. Éste será un gran hombre, y lo llamarán Hijo del Altísimo. Dios, el Señor, le dará el trono de David, su padre, y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin.” Pero María le dijo al ángel: “¿Y esto cómo va a suceder? ¡Nunca he estado con un hombre!” (Lucas 1:30-34)

María es muy práctica: en lugar de perder su tiempo o el del ángel discutiendo, pidiendo consuelo o mostrando incredulidad, simplemente pregunta por el “cómo” de la promesa de Dios. Porque hay un problema práctico: la celebración final de la boda aún no está marcada. María está comprometida, pero todavía no vive con su esposo.

Entonces María quiere saber: ¿cómo va a ser? ¿Quiere Dios que ella adelante la boda, o tiene otros planes, planes que ella ni siquiera puede imaginar?

A veces es obvio lo que Dios quiere que suceda en nuestras vidas. Y a veces no tenemos idea de lo que viene después, y le preguntamos a Dios: “¿Cómo será esto? ¿Qué es lo que quieres que suceda?”

Puede ser aterrador hacer esa pregunta, porque tememos la respuesta. Pero se hace menos aterrador si recordamos que estamos hablando con aquel que nos amó tanto, que vino a nuestro mundo y a nuestras vidas para ser nuestro Salvador para siempre: Jesús, quien vivió, murió y resucitó por nosotros.

Querido Señor, muéstrame la senda por la que quieres que camine. Amén.

Para reflexionar

- ¿Cuándo, en tu vida, no supiste qué vendría después?
- ¿Cómo manejaste la incertidumbre?
- ¿Cómo te ayudó Dios durante ese tiempo?

Salvador

Cuando se cumplieron los ocho días para que el niño fuera circuncidado, le pusieron por nombre JESÚS, que era el nombre que el ángel le había puesto antes de que fuera concebido. (Lucas 2:21)

¡Feliz día de la circuncisión! Claro que este no es un saludo que probablemente escuches de nadie. A nadie le gusta el dolor o la sangre, especialmente en relación con un bebé. Aquellos de ustedes que son padres, piensen en cómo fue cuando llevaron a su bebé para recibir sus primeras vacunas.

Y, sin embargo, aunque hablemos poco al respecto, el día que Jesús fue circuncidado es importante para nosotros. Es un día de primicias: el primer derramamiento de sangre, el primer dolor y el primer día en que Jesús fue puesto oficialmente bajo la ley que Dios le dio a Moisés.

Eso hace de este día un pequeño adelanto de lo que Jesús haría por nosotros años después en la cruz. Ese día estuvo lleno de dolor y sangre, como todos sabemos, y nos hace temblar. Ese día Jesús tomó nuestro lugar bajo la ley de Dios y sufrió el castigo que nos habíamos ganado por nuestras malas acciones. Ese día él, voluntariamente, eligió tomar nuestro lugar para que ahora nosotros podamos estar en su lugar como hijos amados de Dios, limpios y perdonados.

¡No es de extrañar que Dios pidiera que lo llamaran “Jesús”! Ese nombre significa “Dios es Salvador”. ¿Qué mejor nombre podríamos darle el día de su circuncisión?

Señor, gracias por todo lo que has sufrido por mí. Amén.

Para reflexionar

- Cuando eras niño y tenías que ir al médico o al dentista, ¿tenías miedo? ¿Por qué sí o por qué no?
- ¿Por qué crees que Dios eligió el nombre “Salvador” en vez de “sanador” o “milagrero” o “maestro”?
- Cuenta de algún momento en que alguien tomó tu lugar haciéndose cargo de tus dificultades, pagando por tus errores o lidiando con tus problemas, dejándote a ti en libertad.

Recordando

Pero María guardaba todo esto en su corazón, y meditaba acerca de ello. Al volver los pastores, iban alabando y glorificando a Dios por todo lo que habían visto y oído, pues todo había sucedido tal y como se les había dicho. (Lucas 2:19-20)

En mi habitación tengo una caja donde guardo algunos tesoros: los dientes de leche de mi hijo, su primer boletín de calificaciones, el anillo de la abuela, la bandera de naturalización de mi esposo. De vez en cuando miro estas cosas y recuerdo. Es una forma de conectarme con las personas que amo.

Para María debe haber sido más difícil guardar recuerdos físicos del nacimiento de Jesús. Pero ella guardaba los recuerdos en su corazón y pensaba en ellos a menudo. Ellos la mantuvieron conectada con las grandes obras del pasado de Dios, tanto durante la dura vida como refugiados en Egipto, como luego, durante los años tranquilos en Nazaret. Ella recordaba lo que Dios había hecho y esperaba con ansias lo que haría en el futuro.

Quienes creemos en Jesús hoy, recordamos y atesoramos el nacimiento de Jesús, su vida entre nosotros sirviendo a los pobres y quebrantados, su sufrimiento y muerte en una cruz para rescatarnos del poder del mal y su resurrección de la muerte que nos garantiza nuestra resurrección.

Nuestro Dios es un Dios que vale la pena recordar y del cual vale la pena atesorar todo lo que sabemos de él. Ahora no lo vemos cara a cara, pero podemos verlo a través de los tesoros que él nos ha dejado: sus promesas, la historia del evangelio, el Bautismo, la Cena del Señor. El Espíritu Santo obrará en nuestros corazones para mantenernos confiando en Jesús hasta que lo veamos nuevamente.

Señor, ayúdame a recordarte y a pensar en ti con amor. Amén.

Para reflexionar

- ¿Usas algún objeto para recordar a alguien que amas?
- ¿Qué haces cuando quieres estar cerca de alguien que amas y que vive lejos?
- ¿Qué recuerdos tiene Jesús de ti?

Cuidando nuestras necesidades

El ángel le respondió: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso el Santo Ser que nacerá será llamado Hijo de Dios. También tu parienta Elisabet, la que llamaban estéril, ha concebido un hijo en su vejez, y ya está en su sexto mes de embarazo. ¡Para Dios no hay nada imposible!” María dijo entonces: “Yo soy la sierva del Señor. ¡Cúmplase en mí lo que has dicho!” Y el ángel se fue de su presencia. (Lucas 1:35-38)

Es interesante ver cómo Gabriel simplemente ofrece esa información sobre la prima de María y su embarazo milagroso. María no le pidió a Dios una señal, pero de todas formas obtuvo una.

En realidad, obtuvo más que eso: tuvo una pista bastante clara sobre cuáles deberían ser sus próximos pasos. ¿Elisabet está embarazada? ¡Qué buen momento para visitarla! Siendo una mujer joven y fuerte, María podría ayudar a Elisabet en los quehaceres de la casa durante los difíciles últimos meses del embarazo. A su vez, ella tendría un lugar seguro donde quedarse mientras se adaptaba a su propio milagro, ¡y cualquier indisposición del embarazo que pudiera acompañarla!

Esa es la clase de Dios que tenemos: alguien que entiende nuestros temores y confusiones, los digamos o no, alguien que satisface nuestras necesidades, incluso antes de que sepamos qué pedir. Aunque esto no debe sorprendernos, porque es el mismo Dios quien nos envió a su único Hijo Jesús para ser nuestro Salvador, para ser Emanuel, “Dios con nosotros”, sin importar lo que estemos enfrentando.

Padre, ayúdame a ver cómo me cuidas cada día de mi vida. Amén.

Para reflexionar

- ¿Cómo te sientes cuando tu vida cambia en forma significativa?
- ¿Qué haces para superar la preocupación y la confusión?
- Cuenta una historia de cómo Dios proveyó cuando enfrentaste un momento difícil.

Gozo

Por esos mismos días, María fue de prisa a una ciudad de Judá que estaba en las montañas. Al entrar en la casa de Zacarías, saludó a Elisabet. Y sucedió que, al oír Elisabet el saludo de María, la criatura saltó en su vientre y Elisabet recibió la plenitud del Espíritu Santo. Entonces ella exclamó a voz en cuello: “¡Bendita eres tú entre las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre! ¿Cómo pudo sucederme que la madre de mi Señor venga a visitarme? ¡Tan pronto como escuché tu saludo, la criatura saltó de alegría en mi vientre!” (Lucas 1:39-44)

A veces solo tienes que ser feliz. A veces, aunque puede parecer raro, todo te sale bien en la vida, tal como estaba planeado, y te alegras. Puede que sepas que vienen días más difíciles, pero hoy es encantador.

En la lectura de hoy podemos ver que María y Elisabet hacen eso. Ambas están muy emocionadas y felices: verse mutuamente, ver lo que Dios ha hecho por ellas, saber que Jesús está allí mismo en el vientre de María.

Tú también puedes tener esa alegría cuando piensas en lo que Dios ha hecho por ti. Él te creó, te amó, se negó a renunciar a ti. Él vino a este mundo para salvarte y hacerte tuyo para siempre, muriendo y resucitando por ti. Él promete estar contigo, ahora y todos los días de tu vida, atendiendo a todas tus necesidades. Él te levantará de la muerte.

Señor, dame tu gozo verdadero y perdurable, incluso cuando la vida es dura. Amén.

Para reflexionar

- Describe uno de los tres días más felices de tu vida.
- ¿Te has gozado alguna vez en medio de una aflicción?
- ¿Qué cosa, pequeña o grande, ha hecho Dios por ti que te haya dado gozo?

Vayan y vean

En ese momento apareció, junto con el ángel, una multitud de las huestes celestiales, que alababan a Dios y decían: “¡Gloria a Dios en las alturas! ¡Paz en la tierra a todos los que gozan de su favor!” Cuando los ángeles volvieron al cielo, los pastores se dijeron unos a otros: “Vayamos a Belén, y veamos esto que ha sucedido, y que el Señor nos ha dado a conocer.” Así que fueron de prisa, y hallaron a María y a José, y el niño estaba acostado en el pesebre. Al ver al niño, contaron lo que se les había dicho acerca de él. (Lucas 2:13-17)

Una vez que los ángeles se fueron al cielo, los pastores tuvieron que tomar una decisión. ¿Qué iban a hacer con lo que acababan de oír? ¡Ir y ver, por supuesto! Habrán hecho arreglos para dejar a sus rebaños al cuidado de otros y luego... a Belén lo más rápido posible, para ver lo que el Señor les había dicho.

Y allí encontraron a Jesús, el Salvador recién nacido acostado en un pesebre, exactamente como Dios les había dicho. Entonces, nuevamente, hicieron lo que les surgió naturalmente: difundieron la noticia entre todos sus amigos y vecinos, contándoles acerca de Jesús y de lo que los ángeles les habían dicho.

Nosotros podemos hacer eso también. “¡Prueben ustedes mismos la bondad del Señor!”, dice el salmista (Salmo 34:8). “Ven a ver”, le dijo Felipe a su amigo dudoso. Nosotros también podemos ir a ver, ir y probar que Jesús es bueno. Y luego podemos compartir esa noticia con aquellos a quienes amamos, para que también ellos puedan verlo y confiar en él como el Salvador que nació para ellos, que murió por ellos y que resucitó para darles vida eterna.

Padre, ¡gracias por contarme de tu Hijo Jesús! Amén.

Para reflexionar

- ¿Esperas que otros prueben primero, antes de probar tú?
- ¿Cuándo te ocurrió algo tan maravilloso que tenías que contárselo a alguien?
- ¿Quién te contó de Jesús?

Un nuevo pastor

En esa misma región había pastores que pasaban la noche en el campo cuidando a sus rebaños. Allí un ángel del Señor se les apareció, y el resplandor de la gloria del Señor los envolvió. Ellos se llenaron de temor, pero el ángel les dijo: “No teman, que les traigo una buena noticia, que será para todo el pueblo motivo de mucha alegría. Hoy, en la ciudad de David, les ha nacido un Salvador, que es Cristo el Señor. Esto les servirá de señal: Hallarán al niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.” (Lucas 2:8-12)

Me pregunto por qué Dios eligió a los pastores para ser los primeros que visitaran a Jesús. ¿Será porque estaban despiertos por la noche? Parece demasiado simple. ¿Será porque eran personas humildes? Eso encajaría bien con el resto de la historia, porque nada en este nacimiento fue glorioso excepto, supongo, ¡que los ángeles cantan!

Pero vuelvo al hecho de que estos eran pastores: cuidadores, protectores, proveedores. Y esa es una manera en que Dios habla de sí mismo en el Antiguo Testamento: se llama a sí mismo “el pastor de Israel” y llama de “rebaño” a su pueblo (ver Salmo 80:1).

Entonces, ¿qué iban a ver los pastores esa noche? Un nuevo pastor, como ellos. Su propio nuevo pastor, nacido para protegerlos, proveerles y rescatarlos a ellos y a nosotros. El Buen Pastor, quien daría su vida por el rebaño de Dios en la cruz, para rescatarnos del poder del pecado y la muerte. Nuestro Señor Jesús, el gran pastor de las ovejas, a quien el Dios de paz resucitó de entre los muertos para compartir la vida eterna con todos los que confían en él (ver Hebreos 13:20).

Señor, gracias por ser mi Pastor. Amén.

Para reflexionar

- ¿Has cuidado a alguien o algo?
- ¿Qué cualidades debe tener un buen cuidador?
- ¿Cómo te cuida Jesús?

Ver

Entonces María dijo: “Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. Pues se ha dignado mirar a su humilde sierva, y desde ahora me llamarán dichosa por todas las generaciones. Grandes cosas ha hecho en mí el Poderoso; ¡Santo es su nombre! (Lucas 1:46-49)

¿Me ves? Esa es una pregunta que mucha gente quisiera hacerle a Dios. Sabemos que somos tan pequeños, tan humildes en un vasto universo lleno de cosas terribles, maravillosas y gloriosas. ¿Por qué se preocuparía Dios por nosotros? Algunas personas sienten esto con tanta fuerza, que se niegan a creer en Jesús: no pueden aceptar la idea de que Dios realmente los pueda ver, que realmente se preocupe por ellos.

Pero María sabe la verdad. Humilde como es, sabe que Dios ha hecho lo impensable: ¡se ha fijado en ella, sí, en ella! Y la ha elegido. Y así, como Agar antes que ella (Génesis 16), dice: “Dios me ha visto. Dios me miró y vio mi situación. Le importo al Dios viviente.”

Eres importante para el Dios viviente. Aunque él está en lo más elevado y es glorioso sobre todos los cielos, se ha acercado a ti. Él ha venido a tu mundo como un ser humano, como tú, como alguien que comparte tu sufrimiento, conoce tus miedos y penas, lleva tu culpa y vergüenza. ¿Por qué? Porque, aunque eres pequeño, él te ama y quiere que seas suyo. Él te dará vida para siempre, porque confías en él y tú eres de él. Eres bendecido.

Señor, ayúdame a confiar realmente en que tú en verdad me ves y me amas. Amén.

Para reflexionar

- ¿Has sentido alguna vez que no fuiste necesario ni importante?
- ¿Crees que el hecho de que Dios siempre te esté mirando sea una cosa buena?
- ¿Cómo sabes que Dios te ve y se ocupa de ti?

Entre los ignorados

María se quedó con Elisabet como tres meses, y después volvió a su casa. (Lucas 1:56)

¿Alguna vez has pensado cómo deben haber sido las cosas en la casa donde se alojaba María? Probablemente solo estaban allí los tres: María, Elisabet y su esposo Zacarías. En realidad eran cinco, si contamos los dos bebés no nacidos. Pero ninguno de los hombres de la familia podía hablar en ese momento. Sospecho que se convirtió en un mundo muy femenino durante tres meses, un mundo lleno de las preocupaciones de las mujeres de esa cultura.

¿Sobre qué habrán hablado? Seguramente sobre los quehaceres de la vida diaria: quién buscaba el agua, qué comprar en el mercado, enseñarle a María una nueva receta. Habrán discutido el embarazo y el parto. Ambas habrán pensado en el futuro, en lo que significaba criar a un niño en la vejez, y si José continuaría con la boda. Y, por supuesto, habrán orado y hablado sobre lo que el Señor estaba haciendo, como las mujeres llenas de fe que eran.

En esos días, aún más que en nuestro tiempo, el hogar familiar era un lugar humilde, en su mayoría privado, lleno de tareas domésticas no muy valoradas por el mundo, a pesar de su absoluta necesidad. Pero fue precisamente ese ambiente humilde y hogareño lo que Dios eligió para los primeros meses de su Hijo en la tierra, para los últimos meses de su profeta Juan antes de nacer, para su siervo Zacarías, quien estaba aprendiendo de manera difícil lo que significaba confiar en la palabra de Dios. Dios no está por encima de los pañales, las cunas y las náuseas matutinas. Dios, en Cristo, es parte de todo, incluso del sufrimiento y de la muerte en una cruz y de la resurrección de entre los muertos en una tumba prestada. Él eligió eso, todo eso, porque te eligió a ti.

Señor, ayúdame a creer que en verdad tú me valoras. Amén.

Para reflexionar

- ¿Has sentido alguna vez que fuiste ignorado?
- ¿Cómo sabes que Dios no te ignora?
- ¿Qué diferencia hace en tu vida saber que Dios no te ignora?

Dios con nosotros

Y mientras ellos se encontraban allí, se cumplió el tiempo de que ella diera a luz, y allí tuvo a su hijo primogénito; y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en ese albergue. (Lucas 2:6-7)

María se preparó para el nacimiento de su bebé tan cuidadosamente como pudo. Llevó pañales para envolver a Jesús y la ropa humilde de cualquier bebé recién nacido, con la intención de mantenerlo abrigado y ayudarlo a crecer bien y fuerte.

Dios también se preparó para el nacimiento de Jesús. ¿Qué preparó? No una posada o habitación de invitados, ni una cuna, ni siquiera una prestada. Dios le dio a Jesús un pesebre para dormir, para mantenerlo alejado del suelo, seguro y limpio. No fue glorioso, pero cumplió su función.

Ahora tenemos esta imagen que atesoramos para siempre: la imagen de nuestro recién llegado Salvador Jesús, envuelto en la humilde ropa del amor y compartiendo la pobreza de las personas que vino a salvar. ¿Quién podría tener miedo de tal Salvador? Él viene a nosotros justo donde estamos, no donde deberíamos estar. Un Dios que usa nuestra ropa de bebé es un Dios que está íntimamente conectado con nosotros, que camina en nuestros zapatos, que lleva nuestras cargas, que cuelga de nuestra cruz. El Señor que duerme en un pesebre es el mismo Señor que durmió en nuestra tumba y resucitó victorioso de la muerte para llevarnos a todos junto con él a la vida eterna.

Querido Señor, permanece conmigo para siempre. Amén.

Para reflexionar

- ¿Alguna vez cuidaste a un recién nacido? ¿Cómo te fue?
- ¿Qué sentimientos piensas que María y José tuvieron durante esta experiencia?
- ¿Por qué piensas que Dios permitió que Jesús naciera en circunstancias tan precarias?

El Dios de las cosas pequeñas

Por esos días, Augusto César promulgó un edicto en el que ordenaba levantar un censo de todo el mundo. Este primer censo se llevó a cabo cuando Quirino era gobernador de Siria, por lo que todos debían ir a su propio pueblo para inscribirse. Como José era descendiente de David y vivía en Nazaret, que era una ciudad de Galilea, tuvo que ir a Belén, la ciudad de David, que estaba en Judea, para inscribirse junto con María, que estaba desposada con él y se hallaba encinta. (Lucas 2:1-5)

Es fácil pasar por alto las cosas pequeñas. El César no tenía idea de lo que estaba sucediendo en la pequeña Judea que habían conquistado. Todo lo que sabía era que quería un registro de impuestos, por lo que ordenó que se hiciera uno. ¿A quién le importaban las insignificantes personas a quienes cargaba con sus impuestos?

Entre ellos había una joven pareja de Nazaret. Ella estaba avanzada en su embarazo, no era un buen momento para viajar. Aun así, obedecieron la orden, como todos los demás. ¿Quién los miraría dos veces?

Dios lo haría. Este fue el nacimiento que Dios eligió para su propio Hijo Jesús: que él experimentara los sacudones producidos por el camino de tierra mientras su madre caminaba o cabalgaba por el largo sendero hacia Belén; que el trabajo de parto de su madre comenzara en el peor momento posible, antes de que tuvieran un lugar decente donde quedarse; que lo acostaran a dormir en un pesebre en lugar de una cuna. A los ojos de Jesús, nadie es demasiado pequeño para no ser tenido en cuenta, ni tú ni yo. Jesús se hizo pequeño para nosotros, para poder ser nuestro Salvador.

Gracias, Señor, por reconocernos, amarnos y salvarnos. Amén.

Para reflexionar

- ¿Qué es lo que más te sorprende respecto de la manera en que Dios eligió que su Hijo naciera?
- ¿Cuándo te sientes pequeño o insignificante?
- ¿Qué te recuerda que Dios te reconoce y te ama?

Llegó el momento

Cuando se cumplió el tiempo, Elisabet dio a luz un hijo. Y cuando sus vecinos y parientes supieron que Dios le había mostrado su gran misericordia, se alegraron con ella. (Lucas 1:57-58)

Lo que pasa con el embarazo es que llega a su fin. Nadie queda embarazada para siempre (aunque a veces se siente así). Recuerdo cuando descubrí que yo estaba embarazada. De repente, mi mundo se convirtió en una cuenta regresiva incesante hasta el nacimiento. No había salida, era un viaje de ida que terminaría en algún momento de mayo. Estaba muy contenta, pero también aterrorizada.

Me pregunto si Elisabet se sintió así, de cara al parto. Me pregunto si te sientes así, frente a algo que tiene un final predestinado, ya sea bueno o malo: los días antes de comenzar un nuevo trabajo, el último año escolar de un hijo o hija, los últimos días de un ser querido.

Esperar rara vez es fácil, y Dios lo sabe. Tal vez es por eso que nos ha dado tantas cosas buenas para ayudarnos a esperar: sus promesas, su Palabra, su Santa Cena, el uno al otro. Lo mejor de todo es que nos ha dado a su propio Hijo Jesús, nuestro tan esperado Salvador. No podríamos tener mejor compañero durante estos días. Él nos ama, nos ha redimido y nunca nos dejará solos. Podemos soportar nuestra espera un día a la vez, apoyándonos en su fuerza.

Señor, ayúdame cuando me cuesta esperar. Amén.

Para reflexionar

- ¿Qué estás esperando en este momento?
- ¿Qué es lo más difícil de tener que esperar?
- Cuenta una historia de cómo Dios te ayudó cuando estabas a la espera de algo y te costaba esperar.

Las primeras y las últimas palabras

Al octavo día fueron para circuncidar al niño, y querían ponerle el nombre de su padre, Zacarías. Pero su madre dijo: “No, va a llamarse Juan.” Le preguntaron: “¿Por qué? ¡No hay nadie en tu familia que se llame así!” Luego le preguntaron a su padre, por señas, qué nombre quería ponerle. Zacarías pidió una tablilla y escribió: “Su nombre es Juan.” Y todos se quedaron asombrados. En ese mismo instante, a Zacarías se le destrabó la lengua y comenzó a hablar y a bendecir a Dios. (Lucas 1:59-64)

¿Alguna vez has tenido una cirugía de la que pensaste que no te despertarías? Si eres como yo, tratas de que tus últimas palabras a familiares y amigos sean importantes. Para mí, generalmente es “los amo”. No puedo elegir mis primeras palabras al despertar, porque la anestesia me vuelve loca, pero si pudiera, probablemente serían las mismas.

¡Zacarías debe haber tenido muchas cosas que decir después de nueve meses de silencio! Sus últimas palabras no habían sido particularmente bien elegidas: “¿Y cómo voy a saber que esto será así?” Esas fueron palabras de duda, palabras que se negaban a confiar en el buen mensaje de Dios. Tal vez por eso Zacarías se aseguró de hacer lo correcto cuando finalmente recuperó la voz: “Comenzó a hablar y a bendecir a Dios.”

El bebé Juan fue una promesa cumplida, pero también fue la promesa de una bendición mayor en camino: Jesús, la Palabra de Dios en carne humana. Y su mensaje, de principio a fin, siempre ha sido “los amo”: desde su nacimiento hasta su muerte y su resurrección de entre los muertos. Jesús hizo todas estas cosas por nosotros, para hacernos de Dios para siempre.

Señor, usa mis palabras para ayudar a otros a conocer tu amor y misericordia. Amén.

Para reflexionar

- ¿Cuáles fueron tus primeras palabras de niño?
- ¿Has escuchado alguna vez las últimas palabras de alguien?
- ¿Qué palabras de Jesús tienen el mayor significado para ti?

Conocido por sus obras

Cuando José despertó del sueño, hizo lo que el ángel del Señor le había mandado y recibió a su mujer, pero no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito. Y le puso por nombre JESÚS. (Mateo 1:24-25)

¿Te das cuenta que nunca escuchamos hablar a José? Ni una sola vez escuchamos una palabra de sus labios en toda la historia del Evangelio. Pero eso no nos impide sentir que lo conocemos muy, muy bien. Lo conocemos por sus obras.

¡Mira su respuesta al mensaje del ángel! Él no se queja, no habla ni se pregunta si el sueño fue real o no. No, ni bien se despierta hace lo que el ángel le dijo: lleva a María a casa para ser su esposa, respeta su situación durante todo su embarazo y nombra al niño Jesús, tal como le dijeron que hiciera.

José fue un hombre fiel. Dios confió a su propio Hijo a su cuidado, y esa confianza José la pagó con una obediencia simple y directa. José era responsable, confiable y amoroso. Sus obras hablan por él.

Las obras de Dios también hablan por él, ¿verdad? ¡Mira la audacia de un Dios que entregó a su propio Hijo a manos de los seres humanos, frágiles y falibles como nosotros! ¡Mira el amor que llevó a Jesús a venir a nosotros, puesto a dormir en un pesebre que ya estaba eclipsado con la cruz que se avecinaba!

Nuestro Dios es fiel y amoroso. Podemos confiar en él al máximo. Él nunca nos fallará.

Señor, ayúdame a recordar tus obras y a ver en ellas lo que ellas dicen de tu corazón. Amén.

Para reflexionar

- Piensa en alguien que conoces o amas. ¿Qué clase de obras hace?
- ¿Qué te dicen esas obras?
- ¿Cuáles obras tuyas muestran que el Espíritu Santo te está haciendo más y más como Jesús?

Cumpliendo sus promesas

Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que el Señor dijo por medio del profeta: “Una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Emanuel, que significa: ‘Dios está con nosotros.’” (Mateo 1:22-23)

¿Cuánto tiempo pasó entre el día en que Dios hizo esta promesa y el día en que la cumplió? Por lo menos cientos de años. Dios le habló a través de Isaías al malvado rey Ajaz, que estaba preocupado por una invasión en ese momento. A él realmente no le importaba lo que Isaías tuviera que decir.

Sin embargo, al resto de nosotros nos importaba, a todos los que nos dimos cuenta de que Dios acababa de prometer que vendría a nuestro mundo como “Dios con nosotros”, Dios hecho humano, Dios nacido de una virgen como un pequeño niño, nuestro Salvador. ¡Esa fue una promesa que valió la pena esperar!

Aun así, la espera fue difícil. La gente sufrió por años bajo reyes malvados, fueron llevados al exilio, regresaron a un país en ruinas y a casas que tuvieron que reconstruir piedra por piedra. Y se preguntaban: ¿Cuándo cumplirá Dios su promesa?

Nosotros también gemimos a veces mientras esperamos que Dios cumpla sus promesas. Jesús se tarda mucho en regresar, y Dios se tarda en poner fin a todo mal y destruir la muerte, nuestro último enemigo. Mientras tanto, sufrimos. ¿Hasta cuándo, Señor?

Pero sabemos que Dios es fiel. Él cumplió esta primera promesa de venir a nosotros como nuestro Salvador. También cumplió las otras promesas de sufrir y morir y resucitar para liberarnos del poder del mal. Y cumplirá todas las promesas que hizo, incluidas las que veremos cumplidas cuando regrese en gloria y el mundo se haga nuevo. Dios no olvidará.

Señor, ayúdanos a continuar esperando en tus buenas promesas. Amén.

Para reflexionar

- ¿Alguna vez alguien te hizo una promesa especial?
- ¿Qué significa para ti que alguien cumpla una promesa que te hizo?
- ¿Cómo ha sido fiel Dios contigo en tiempos difíciles?

Temor

Todos sus vecinos se llenaron de temor, y todo esto se divulgó por todas las montañas de Judea. Todos los que oían esto se ponían a pensar, y se preguntaban: “¿Qué va a ser de este niño?” Y es que la mano del Señor estaba con él. (Lucas 1:65-66).

Es un poco extraño que el milagro del nacimiento de Juan causara miedo en los vecinos de la familia. La alegría tiene sentido, pero ¿miedo? Y los ángeles en la historia de Navidad diciendo: “No tengan miedo”. ¿Qué está pasando?

Me pregunto si el problema no será la profunda extrañeza del nacimiento de Juan, y más tarde del de Jesús. Los milagros causan miedo, nos arrancan la cómoda ilusión que la mayoría de nosotros tenemos de que nuestra vida diaria está bajo nuestro control. Tendemos a esperar que los problemas sean de tamaño humano.

Pero los milagros exponen la verdad que vivimos en un mundo lleno de fuerzas mucho más grandes que nosotros que obran fuera de nuestro control. Este universo no fue hecho para nosotros, sino para Dios, que también nos hizo para sí mismo. Cuando olvidamos esto, es fácil entrar en pánico.

Es bueno saber la verdad, incluso cuando por un tiempo nos dé miedo. En este caso, hay un verdadero consuelo para nosotros: un Dios grande, santo y amoroso que ha enviado a su único Hijo Jesús para ser nuestro Salvador. Nuestro mundo puede no ser cómodo, pero es infinitamente más seguro porque Jesús ha sufrido, muerto y resucitado por nosotros y nos sostiene firmes en la palma de su mano.

Señor, ayúdame a confiar en ti y en nada más. Amén.

Para reflexionar

- ¿Cuándo confiaste en algo que al final terminó siendo falso?
- ¿Cuándo descubriste que eso no era confiable?
- ¿Por qué crees que Dios es confiable?

Enemigos

Lleno del Espíritu Santo, Zacarías, su padre, profetizó: “Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha venido a redimir a su pueblo. Nos ha levantado un poderoso Salvador en la casa de David, su siervo, tal y como lo anunció en el pasado por medio de sus santos profetas: “Salvación de nuestros enemigos, y del poder de los que nos odian.” Mostró su misericordia a nuestros padres, y se acordó de su santo pacto, de su juramento a nuestro padre Abrahán: Prometió que nos concedería ser liberados de nuestros enemigos, para poder servirle sin temor, en santidad y en justicia todos nuestros días delante de él. (Lucas 1:67-75)

¿Sabes que tienes enemigos? No hablo de enemigos humanos comunes, aunque ciertamente existen. Hablo de enemigos sobrenaturales: el diablo y sus ángeles, y cualquier criatura que se opone a Dios. Esos son tus enemigos, te guste o no, porque confías en Jesús y le perteneces, y por lo tanto serás un blanco para su odio.

Zacarías habla abiertamente de este odio. Él dice que Dios está enviando a Jesús para que seamos salvos “de nuestros enemigos y del poder de los que nos odian... para poder servirle sin temor, en santidad y en justicia todos nuestros días delante de él”.

Claramente, los seres humanos comunes no estamos dispuestos a tratar con un ángel común, y mucho menos con Satanás. Tampoco podemos tratar con la muerte, “el último enemigo que será destruido” (1 Corintios 15:26). La buena noticia es que no tenemos que hacerlo. Jesús mismo ha venido a este mundo para tratar con esos enemigos y salvarnos para siempre. Dado que estamos en sus manos, no debemos temer. Podemos estar en paz y “servirle sin temor, en santidad y en justicia todos nuestros días delante de él”.

Señor, sálvame de mis enemigos y ayúdame a confiar en ti. Amén.

Para reflexionar

- ¿Tenías enemigos cuando eras niño?
- ¿Cómo te pusiste a resguardo de tus enemigos?
- ¿Cómo trató Jesús las cosas que te amenazaban?

Hijo de David

Mientras José reflexionaba al respecto, un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: “José, hijo de David, no temas recibir a María, tu mujer, porque su hijo ha sido concebido por el Espíritu Santo. María tendrá un hijo, a quien pondrás por nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.” (Mateo 1:20-21)

Me pregunto si José alguna vez tuvo problemas para aceptar su lugar en toda esta historia de Navidad. Si María hubiera tenido dudas de ser la persona adecuada, tenía la prueba de la elección de Dios en su propio cuerpo, en su embarazo. ¿Pero José? Él solo tuvo sueños. Y es un poco más difícil aferrarse a ellos cuando surgen dudas.

Tal vez por eso el ángel se dirigió a él como “José, hijo de David”. Hacía mucho tiempo, Dios le había prometido al Rey David que el Mesías vendría de su familia: “Yo elegiré a uno de tus propios hijos y afirmaré su reinado. Yo seré un padre para él, y él me será un hijo” (2 Samuel 7:14).

Si José iba a ser el padre legal del Mesías, necesitaba ser un hijo de David, y él lo era. Dios escogió a José con tanta seguridad como escogió a María. En caso de dudas, José podría apoyarse en esa promesa.

Dios también te eligió a ti y te selló con una promesa: “Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, ha nacido de Dios” (1 Juan 5:1). Eres de Dios para siempre, a través de la obra amorosa de Jesús tu Salvador, quien murió y resucitó por ti.

Querido Padre, gracias por haberme elegido para ser tuyo. Amén.

Para reflexionar

- ¿Por qué crees que Dios eligió hablarle a José en sueños?
- ¿Es difícil para ti confiar que Dios te ha elegido?
- Si es así, ¿qué haces cuando se te presentan esas dudas?

Una tercera opción

José, su marido, era un hombre justo y quiso dejarla secretamente, pues no quería denigrarla. (Mateo 1:19)

José se encontró atrapado en una pesadilla que no era su culpa. Su prometida estaba embarazada y sabía que él no era el padre. Según la ley judía, tenía un caso legal contra ella por adulterio, y la pena tradicional para eso era la muerte por lapidación. Pero, a pesar de lo dolorido que estaba, José no deseaba eso.

En esos tiempos había otra opción: José podía divorciarse de ella y hacerlo tan público o silenciosamente como quisiera. Siendo un hombre compasivo, decidió hacerlo calladamente y esperar que la causa no fuera ampliamente conocida. Esas eran las dos únicas opciones que tenía, o al menos eso pensaba.

Una tercera opción se abrió cuando el ángel fue a visitarlo, una opción que José nunca se habría imaginado. Podía seguir adelante y llevar a María a su casa para ser su esposa y a Jesús para ser su hijo. Este sería un acto de pura gracia. Si decidía creer su historia, se exponería a las burlas de todos en el pueblo que sabían que estaba embarazada demasiado pronto. Le echarían la culpa o, peor, sería compadecido por haber sido engañado.

Sabemos lo que José eligió. ¿Acaso nos sorprende este pequeño acto de gracia, en una historia que trata sobre la gracia de Dios por nosotros? Dios no tenía que salvarnos, no tenía que llevarnos a su familia, no tenía que amarnos y aceptarnos como suyos. Pero eligió hacerlo a través del nacimiento, la vida, la muerte y la resurrección de su Hijo Jesús.

Padre, gracias por gentilmente hacerme tuyo. Amén.

Para reflexionar

- ¿Qué haces cuando no hay buenas opciones?
- ¿Alguna vez te encontraste con una opción inesperada?
- ¿Cuándo alguien te mostró amabilidad inesperadamente?

Amanecer

Y a ti, niño, te llamarán “Profeta del Altísimo”, porque irás precediendo al Señor para preparar sus caminos. Darás a conocer a su pueblo la salvación y el perdón de sus pecados, por la entrañable misericordia de nuestro Dios. La aurora nos visitó desde lo alto, para alumbrar a los que viven en tinieblas y en medio de sombras de muerte; para encaminarnos por la senda de la paz. (Lucas 1:76-79)

Hay una razón por la cual las personas sentadas junto a la cama de sus seres queridos en los hospitales, miran por la ventana por la noche: están esperando el amanecer, la esperanza de un día nuevo y mejor.

Zacarías se refiere a Jesús como nuestro amanecer, “la aurora que nos visitó desde alto”. Él no se quedará simplemente en el cielo y brillará sobre nosotros desde allí, sino que bajará a nuestro mundo oscuro naciendo como un bebé humano entre nosotros para alumbrar “a los que viven en tinieblas y en medio de sombras de muerte”. Y hará más que eso: a través de su muerte y resurrección, eliminará la sombra de la muerte para siempre y nos llevará a la luz eterna del reino de Dios.

Zacarías habló como quien tuvo el privilegio de ver los primeros rayos del amanecer, el comienzo de la venida de Jesús. Pero tú y yo tenemos algo aún mejor: el pleno conocimiento de cómo Jesús nos ha salvado, dando su vida por nosotros y luego compartiendo su vida resucitada con nosotros, incluso ahora. Vemos el amanecer claramente y ya comenzamos a ver la luz creciente de su maravilloso día.

Padre celestial, llévanos a la luz de Jesús. Amén.

Para reflexionar

- ¿Qué prefieres, ¿el amanecer o el atardecer?
- ¿Recuerdas algún amanecer que haya sido especial para ti?
- ¿Cómo te da esperanza la llegada de Jesús al mundo?

En el desierto

El niño fue creciendo y fortaleciéndose en espíritu, y vivió en lugares apartados hasta el día en que se presentó públicamente a Israel. (Lucas 1:80)

El desierto no es un lugar cómodo. Allí no hay mucho para comer, ¿langostas y miel silvestre? Y tampoco hay mucha compañía. Quien vive en el desierto renuncia a muchas cosas: un buen hogar, una buena carrera, una vida rodeada de familiares y amigos.

Pero el desierto es bueno para algunas cosas. Dado que no hay muchas distracciones, es un lugar útil para alguien que quiere acercarse a Dios. Hay menos competencia para su voz. Quizás por eso Isaías habló de Juan como una voz que clama en el desierto (ver Isaías 40:3). La gente escucharía el llamado de Dios para arrepentirse y ser perdonada.

Nosotros también tenemos nuestros propios desiertos. Hay momentos en nuestras vidas en que las cosas buenas con las que contamos se derrumban: hogar, familia, salud, seguridad financiera. Esos son tiempos de miedo, pero también son tiempos que Dios puede usar para hablarnos y acercarnos más a él. Y luego escuchamos a Jesús, que dice: “Vengan a mí todos ustedes, los agotados de tanto trabajar, que yo los haré descansar. Lleven mi yugo sobre ustedes, y aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallarán descanso para su alma” (Mateo 11:28-29). Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no lo echo fuera... Y ésta es la voluntad de mi Padre: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo lo resucitaré en el día final” (Juan 6:37, 40).

Señor, ayúdame a escuchar tu voz cuando estoy en el desierto. Amén.

Para reflexionar

- ¿Has estado alguna vez en un desierto?
- ¿Qué experiencias “de desierto” has tenido en tu vida?
- Cuenta de algún momento en que Dios te ayudó cuando te encontrabas en un desierto.

Deshecho

El nacimiento de Jesucristo fue así: María, la madre de Jesús, estaba comprometida con José, pero antes de unirse como esposos se encontró que ella había concebido del Espíritu Santo. (Mateo 1:18)

María probablemente tenía una idea de cómo sería su vida: primero el compromiso, luego esperarían unos meses antes de la fiesta de bodas y luego (nueve o diez meses después) un bebé. Era el curso normal de las cosas.

Pero todo eso se arruinó cuando Dios se metió en medio. De repente se encontró comprometida y embarazada, sin la seguridad de que alguna vez se celebraría una boda. Su vida se había deshecho.

La mayoría de nosotros también tenemos planes para la vida, incluso si no son conscientes. Nos imaginamos el futuro y nos decimos: “Viviré en esta casa”, o “para ese entonces mis hijos ya no estarán en la escuela secundaria”. Nos da seguridad emocional imaginar estas cosas. Y luego sucede algo (muerte, divorcio, discapacidad) y nuestros planes se van por la ventana. Nuestras vidas se deshacen y no podemos imaginar lo que vendrá después.

Cuando eso sucede, lo mejor que podemos hacer es lo que hizo María: recurrir a Dios y dejar que él nos guíe. “Yo soy la sierva del Señor”, dijo ella. “¡Cúmplase en mí lo que has dicho!” Eso da miedo, pero es la única seguridad real que tenemos. Con Dios en control, podemos aprender a relajarnos y dejar que él resuelva las cosas. Después de todo, él es quien dio su vida por nosotros para rescatarnos del mal y llevarnos a salvo a su reino para siempre. Si Jesús puede hacer eso, ciertamente puede llevarnos a salvo a través de los tiempos más aterradores de nuestras vidas.

Padre, guíame y ayúdame a confiar en ti. Amén.

Para reflexionar

- ¿En qué momento experimentaste que tu vida se dio vuelta?
- ¿Cómo te sentiste cuando eso sucedió?
- ¿Cómo te ayudó Dios durante ese tiempo?